

EL MAGNETISMO DE UN APELLIDO

El eterno retorno de los Panero

Antonio Puente

Cuando acaba de cumplirse medio siglo de la muerte de Leopoldo Panero padre, poeta religioso y afín al franquismo (cuyo Epitafio reza: «Ha muerto acribillado por los besos de los hijos»), y TVE ha recuperado, en sesiones consecutivas, casi 40 y 20 años después, los borrascosos documentales sobre la saga familiar, 'El desencanto' (1976), de Jaime Chávarri, y 'Después de tantos años' (1994), de Ricardo Franco, los Panero vuelven a estar ahí, como el dinosaurio de Augusto Monterroso. En las logradadas cintas, que en estos tiempos se sugieren como culmen del intelecto, se ve que, entre el relumbrón y el infortunio, entre la lucidez y la descomposición, han estado asistidos por el trágico lema de Panero para hoy y hambre para mañana. En el (periférico) centro la figura de la vulnerable y, por momentos, vulnerada madre, Felicidad Blanc, el morbo de este imperecedero *strip-tease* familiar radica en el modo de apuntalar la lábil frontera que separa la freudiana muerte del padre del imaginario de Saturno devorando a sus hijos...

No es de extrañar que, con títulos que inciden en el vacío -abismos, desencantos, desconsuelos- la saga haya generado tanta bibliografía, con los protagonistas separados o revueltos, casi nunca juntos, como se aprecia en los libros de Túa Blesa, Federico Utrera o Benito Fernández, entre otros. Según las observaciones de los propios protagonistas de 'El desencanto' «aquello consistió en un ritual de máscaras», dice Juan Luis, el primogénito; «Toda la vida he sido una larganoches», subraya Leopoldo María y, para el ya difunto Michi: «La lucidez sólo sirve para constatar la soledad». Lo imperecedero de su magnetismo mórbido reside en lo que tienen de eslabón perdido en el paso del franquismo (encarnado por el patriarca) al desencanto (de los vástagos y la anegada y frágil madre) en la incipiente Transición. Son como el corroido negativo de la foto en cierta obscena memoria intrahistórica. Juan Luis, que en tiempos valoró 'El desencanto' como una especie de catarsis a través del *cinema verité*, asevera ahora que «fue el primer *reality show* de las pantallas españolas. A la gente le importan un rábano los poetas», agrega. «Suscitó la curiosidad sólo por la chismorrería. Sólo le interesa que tres hermanos y la madre nos ponemos de a parir». Lo que parece ser una atmósfera de canibalismo familiar, torna, a la postre, en autofagia: cada miembro devorándose a sí mismo, víctima del estereotipo de su propia leyenda intransferible.

Michi, acaso el más ufano y vitalista en la primera película, vivió sus últimos años, en Madrid, enfermo terminal y en una pobreza extrema. Según su testimonio le cortaban la luz por falta de pago y, al caer de la cama, no tenía quien lo recogiera. El detonante de la desmembración familiar fue -explica- la muerte de la madre, cuyo funeral, en la máxima intimidad desolada, sólo pudo ser sufragado gracias a una amante rica de entonces. «Y ahora nos vamos todos a comernos unos chipirones», ha contado que pronunció Leopoldo María a pie de crematorio. Mi-



Leopoldo María Panero. LA PROVINCIA/DLP

chi pone el dedo en la llaga de la saga: «Una especie de mano negra envuelve a la familia, una maldición: mis padres tuvieron un mal morir; mi hermano Juan Luis tiene cáncer debajo de la lengua, yo también tengo cáncer en la boca; mi hermano Leopoldo está como una rosa, pero como una rosa después de ochenta cárceles y ochenta psiquiátricos».

Su testimonio sobre el padre 'ausente' coincide con la visión de sus hermanos mayores. Curiosamente, su muerte prematura, a los 52 años, hizo que no alcanzara a saber que sus hijos serían poetas. «Siempre quise tenerme lejos», revela Juan Luis, quien por edad pudo conocerlo mejor. «Yo no había

cumplido 20 años cuando falleció. Estoy seguro de que si hubiese conocido luego mi poesía, volvería a la tumba, pero si leyera la de Leopoldo, se enterraría del todo». Los tres admiten que la poesía de su padre no es santa de sus devociones. «Si edité su obra completa fue por dinero; su poesía no es mi clima, como lo son Cernuda o Eliot», dice Juan Luis. «Del 36, sólo me interesan Luis Rosales y diez poemas de mi padre», ha cuantificado Leopoldo María. «Claudio Rodríguez me retiró el saludo por rebatirle que mi padre fuese un poeta genial», revela Michi.

Según la aportación de Michi, la madre mimaba con mucha culpa a Leopoldo Ma-

ría porque creía que le había transmitido los genes de una hermana loca; y el padre «le tenía pavor; quizás porque, cuando le reñía, Leopoldo igual se tiraba tres días en silencio, sin comer ni llorar ni decir nada...» En el debate de la proyección de 'El desencanto', en Versión española, se recalco que Leopoldo María no es el loco que aparenta ser sino, en todo caso, un percherero vacío cargado de lucidez.

Encaja muy bien en el certero diagnóstico del clásico, que no excluye al resto de los Panero: «El loco no es el que ha perdido la razón, sino el que lo ha perdido todo, absolutamente todo, menos la razón».

CONTROVERSIA LITERARIAS

Contra «el moralista» José Ángel Valente

► Un capítulo de 'Después de tantos desencantos. Vida y obra poéticas de los Panero', de Federico Utrera, aborda la controvertida relación de Valente con los Panero, que, iniciada de un modo respetuoso y aun elogioso con Leopoldo padre y con Juan Luis, acabaría en repudio, a raíz del caso Leopoldo María. En efecto, en sendos ensayos, Valente elogia el vínculo excepcional de la poesía de Leopoldo Panero con Darío y Vallejo. Desaparecido prematuramente, el testigo recalcaría en Juan Luis, quien recibe de Valente palabras de aliento por su primer libro, 'A través del tiempo' (1968), y ambos dan cuenta de la «afable» sintonía personal y literaria. También hay testimonios del espaldarazo de Valente a la obra más temprana de Leopoldo María.

Sin embargo, el punto de inflexión llegaría a raíz de la publicación, por parte de este último, de la antología 'Última Poesía No española' (1979). Algo insólito, el antólogo dedica el preámbulo a señalar con nombres propios el porqué de los excluidos. Tras afirmar, por ejemplo, que «Antonio Machado no me gusta: es como poesía para el bachillerato», lo que destapa la ira valentiana es esta afirmación: «Me dicen de incluir a Valente; no lo creo. Los que escribieron en esa época feroz de la posguerra y de la agonía franquista tuvieron que pagarlo... En un gesto que incluía, tal vez, la velada defensa de su padre, republicano converso al franquismo, y recogido en la selección, a Valente no sólo lo excluía, sino que, de paso, le acusaba de desertión por su exilio ginebrino. El golpe debió de ser tan duro que el autor de '99 poemas' le respondió con '9 aforismos para un Neojoven', un poema envenenado, en el que no sólo denostaba las trivialidades e

histrionismos del «payaso abolido» («No ha de confundirse la escritura / con la insistente exhibición de un ego / en definitiva escasamente eréctil que, / una vez quemados los efímeros cohetes del ingenio precoz, / se queda fofa, pesado, macrocéfalo»); sino que, progresivamente, Valente incluye en la sátira a «la mamá (que) se pone los disgustos del niño a contrapelo» y a todos los miembros de la familia que, tres años atrás, habían protagonizado 'El desencanto'.

Juan Luis afirma que nada de aquel incidente le condiciona en su juicio literario: «Me interesa el Valente de sus primeros libros; pero, luego, el Valente último, que busca ese silencio, con ese misticismo y todas esas historias, y el Valente que han llevado y han traído otros, la verdad que me interesa menos. Me parece un poeta más, está bien, pero no ha sido para mí nada decisivo». Y remata la faena: «Valente es un moralista y yo detesto a los moralistas».